

aportaciones en que se concreta la "noble obra política" de Juan Marshall; "1) afirmó y defendió la supremacía de la Constitución y el derecho de los Tribunales a asegurarle ese rango privilegiado; 2) elevó así a inmensa altura la función del poder judicial, antes borrosa; 3) sentó la teoría de los poderes implícitos para llenar silencios de la Constitución; 4) completó la estructura fundamental del país mediante sus fallos; 5) consolidó con máximo valor la vida, hasta entonces precaria, de la Federación, y 6) retrasó la guerra civil" (pág. 60).

No es menester insistir sobre el interés de este precioso estudio, que ha tenido la oportunidad de perfilar, adecuadamente, los rasgos y características de una institución muchas veces aludida pero cuyo profundo significado ha sido poco comprendido.

P. L. V.

**MICHAEL BALFOUR: "STATES AND MIND". The Cresset Press. London, 1953, 150 páginas.**

A los ingleses les contamos genialidades, las más triviales paradojas. Un inglés podría decir que uno de los pecados del que cabe exigir ante el tribunal de la Cultura responsabilidad a los que escriben, es el de escribir para que les lean. Escribir porque sí, porque hay algo apremiante que decir, lo lean o no, va quedando reservado al poeta y al filósofo. Michael Balfour nos lo ha parecido tan cabal, tras una reposada lectura de su libro, que, para retratarle, le dibujaríamos, como el buho clásico, bifronte. Es mucho lo que dice y es más lo que sugiere. Al fin un libro práctico, escrito con afanes de idealista. Como los de nuestros escritores didácticos antimachiavelistas del XVII. Como ellos es, también, mentor y crítico. Un libro bueno, excelente.

Los libros buenos lo son ya desde el prólogo, cuando el prólogo no es ventanal fuera de quicio. Este le tiene tan escueto, tan geométrico, que a su través se divisa en perspectiva todo su contenido.

El autor de "STATES AND MIND" que reseñamos, ha pensado mucho los temas de su estudio antes de escribir una letra: "The ideas here presented have been forming in my mind "over a number of years" primarily devoted to more practical tasks". Así hacen no quienes saben mucho, sino quienes saben bien.

No olvidemos que Michael Balfour escribe en Inglaterra, donde no sabemos si Francis Bacon hizo apenas otra cosa que descubrir y formular el empirismo como sistema del conocer. En el prólogo nos adelanta que "the writer has been rash enough to ignore the advice which the philosopher Martin gave to Candide by endeavouring to think while working". Hay que desdeñar el pensamiento, mientras se trabaja, inoportuno. Muy inglés. Como si el pensar fuera para él ocio de sabios.

A lo largo de los diez capítulos del libro hemos acotado una infinidad de notas, reveladoras de la profundidad de pensamiento del autor y de la forma paradójica, chocante y vital, con que nos viene sirviendo aménidad el estilo inglés de la última centuria.

"STATES AND MIND" es un estudio valioso de las interferencias recíprocas de la Historia, la Sociología, la Política y la Filosofía en la parcela ajena mutuamente. Por ser todo eso, vacilamos en catalogar primordialmente la obra en ninguna de esas categorías.

Comienza analizando los orígenes de las ideas y discute luego su función social en la moderna sociedad industrializada y tecnológica. Para él son, también, el "deus ex machina" de toda revolucionaria evolución en la vida política de los pueblos. El hacer es sólo un esbirro del pensar. Claro que para él las ideas no son conceptos abstractos, sino cosas que hostigan a hacer (página 146).

En uno de los capítulos, exactamente el VI, expone un interesante examen sobre la naturaleza y técnica de la propaganda y demás procesos, inconscientes o deliberados, por los que las ideas adquieren desarrollo.

Las conclusiones que deriva del pasado y del presente son la base para

diagnosticar lo que será nuestro futuro, o el futuro ajeno, si lejano, en los acontecimientos nacionales e internacionales. En ello se revela original si no sagaz profeta.

El examen deriva, es claro, del estudio de la Historia y de las condiciones de situación social que han vivido las naciones según el albur de sus formas de gobierno. Uno se maravilla de la exactitud y del aplomo con que enjuicia credos y regímenes políticos. Analiza, hace diagnósticos y propone terapéuticas. Incluso para su propio Gobierno.

El libro tiene raíces inmediatas en la experiencia personal de los acontecimientos internacionales últimos. Ello no quiere decir que el interés que despierta venga dado en función de la anécdota periodística, tan fugaz.

Porque Michael Balfour es, además, un técnico de las Ciencias Políticas y su autoridad está refrendada casi oficialmente a través de la Cátedra que ejerce en una Universidad del Reino Unido.

Merece destacar su tesis en torno al origen histórico de las nacionalidades tras la formación de los Estados. Es casi la tesis central del libro **"One of the 'major theses' of this book is that liberal democracy, Industrialism and NATIONAL FEELING have all developed in close conjunction as three facets of the same historical process, each contributing to the rise of the others (p. 142).**

El último capítulo es una apología de la Democracia, única forma política donde se hace posible el diálogo. Sin él no es dado pulsar la opción de gobernado, siempre necesaria para actuar políticamente: con tacto. **"Le tact des choses possibles"** definía la Política Cavour. Porque se olvida de ello el Gobernante, así como del puesto de honor que en la situación en que vivimos ocupa la propaganda en la dirección de los pueblos, hace preñado doloroso del ocaso de la Democracia, ante la nueva antorcha que en las masas enciende el Comunismo.

Es un libro escrito sin prisas y con mimo. Su lectura es aleccionadora para nosotros, dados tanto al arrebatado. El culto que los ingleses—empí-

ristas—tributan a la Historia, **"magistra vitae"** siempre, queda una vez más reflejada en estas páginas, que en última instancia no descubren ningún Mediterráneo, pero que se esfuerzan por iniciar las singladuras para averiguar los remedios que sirvan para apuntalar las gastadas formas de gobierno occidentales, faltas ya de inspiración, dice, y en trance de derrumbarse. Y ello con un libro—aprendamos también—que por su nitidez de impresión y por la perfección de su estructura toda dista mucho de ser ni un incunable gutenbergtano, ni una carabela colombina.

P. LICINIO A. GONZALEZ  
Agustino

**FRANCIS D. WORMUTH: "The origins of modern Constitutionalism". Halper & Brothers, Publishers, New York, 1949. 243 páginas.**

Relativamente poco interés se ha concedido a las guerras civiles inglesas de mediados del siglo XVII en la formación del mundo político moderno, en contraste con el que produjo la ruidosa explosión de la Revolución francesa, cuya onda expansiva conmovería a Europa y trascendería al mundo entero. Sólo Inglaterra se salvó de aquella conmoción social y política porque resolvió ya con anterioridad, hasta cierto punto, los problemas que surgieron después en otros países. La revolución inglesa y las constituciones cromwellianas fueron el primer campo de experimentación de la mayor parte de las ideas que se expresaron en las Constituciones europeas que empiezan a fines del siglo XVIII y se prolongan hasta el actual siglo. La introducción en la ciencia política de las ideas y artificios que se fraguaron en aquellos días es el objeto que Wormuth pone a su estudio.

En la primera parte de su libro, introductoria, empieza exponiendo la tradición del constitucionalismo que nació en Atenas y que, a lo largo de una larga e irregular historia, se ha manifestado a través de instituciones creadas para proteger intereses sustanciales de la usurpación de los gobiernos. En la antigüedad clásica, en